

CIUDAD



DESPLAZAMIENTO FORZADO. EL TRANSITO DE LA MEMORIA, EL HABITAR Y LA URGENCIA DEL RECONOCIMIENTO.

Felipe Martínez Quintero
Docente UTP



¿Dónde están las memorias vivas de la guerra?

Esas que no se manifiestan en análisis especializados, ni discursos académicos sino en el cuerpo, en las marcaciones impresas en la memoria, en el silencio de la marginalidad y en la necesidad imposible del olvido ¿dónde están y para qué las buscamos?. Tal vez porque nos sentimos responsables de que la guerra siempre suceda en otro lado o tal vez, para reconfigurar nuestra propia memoria, para contraponer al discurso lineal y hegemónico de la historiografía el acontecimiento marginal, que en nuestra contemporaneidad y en horizonte político se manifiesta como pieza fundamental en la configuración de una memoria histórica del conflicto armado en Colombia

Documentar la guerra como una forma de asumir nuestra responsabilidad política como “investigadores sociales” en nuestro contexto. Sin embargo, cuando se emprende el más mínimo contacto con la realidad de la guerra, nos percatamos de que seguimos siendo “el otro”, el que está por fuera, el que llega de afuera y que nuestras formas de acercamiento más que torpes, son precarias, nuestros marcos de referencia analíticos, comprensivos e históricos son escasos y las metodologías se manifiestan inestables, pues nos acercamos a una realidad que por sus mismas características y naturaleza es transitoria y emergente.

La Investigación social alrededor de la guerra y el conflicto armado en el contexto colombiano es una tarea en medio del conflicto, en medio de la incertidumbre del acontecimiento venidero, de manera que cuando aparece una constante, una mínima certeza, o un mínimo punto de llegada aparece un hecho como el de reciente aparición en el parque de Bosa en Bogotá para desestabilizar cualquier seguridad, para hacernos ver que la guerra no cesa de producir nuevos sentidos y nuevos significados, donde las categorías de conflicto armado, desplazamiento forzoso empiezan a mostrarse insuficientes y pasan a ser simples eufemismos con los que, nosotros, académicos, nombramos el cúmulo de acontecimientos que nos desbordan y que componen nuestro panorama interpretativo, discursivo y más bien poco vivencial, porque para nosotros la guerra siempre va a estar en otro lado.

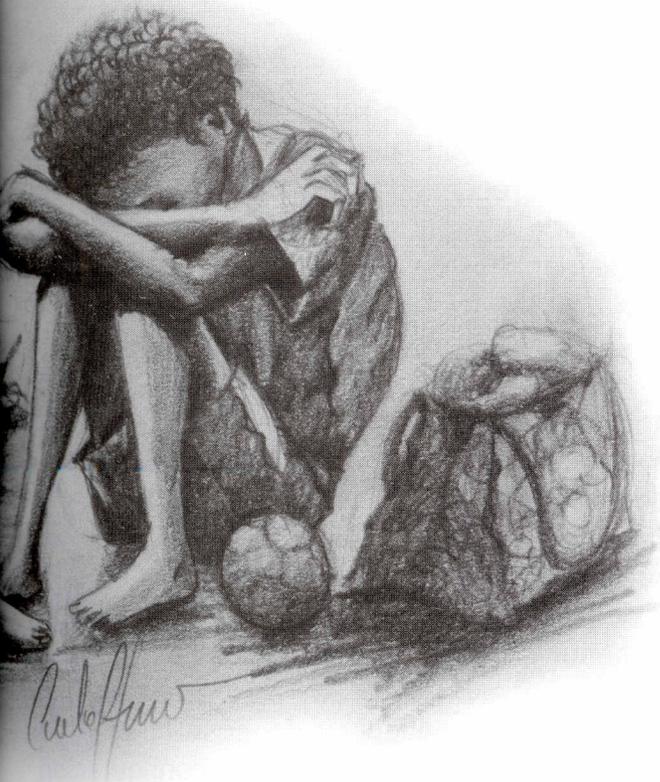
De quien hablamos cuando nos referimos a la población desplazada?

El desplazado, desde su condición vivencial, se define a sí mismo como un ser transitorio, ubicado en un estado de liminalidad forzada, de este modo



las formas de nombrar o categorizar tradicionales de la cultura occidental se manifiestan incompletas. El desplazado no es una sociedad, un partido o una organización social diferenciable claramente de otras, lo cual hace que simple y precariamente sea comprendido como un "otro", un extraño que sólo pertenece a su condición.

Sin embargo, el otro no es algo ahí evidente, no es algo que aparece como manifestación natural en la experiencia del mundo y los tipos de relación que se logren constituir con él no vienen dados en la configuración de la experiencia que realizo del mundo como espacio social. No me relaciono con el otro a partir del simple hecho de su aparición o de su irrupción en el ámbito de la cotidianidad; pues, por



una parte lo cotidiano no es esa instancia segura y estable donde presupongo y puedo determinar las formas de relacionarme con los otros o donde puedo vislumbrar de manera clara los sentidos que el otro, como otro, me genera a partir de su irrupción; y en segundo lugar, el otro como tal, se conforma desde su irreductibilidad y su indeterminación y siempre se me va a manifestar desde su diferencia, desde su alteridad.

Sin embargo, la alteridad, como posibilidad de relación y reconocimiento del otro es algo que se construye o se traiciona en ese espacio cotidiano, efímero, inconstante y problemático, es algo que se logra a partir del reconocimiento y del conflicto que se genera, precisamente a partir de su irrupción violenta y plagada de incertidumbre y que es, así mismo, vulnerable de quebrarse y escindirse hasta el extremo de la completa negación y anulación. En esto radica, precisamente, la liminalidad del desplazado o del migrante, en la imposibilidad de racionalización por parte del orden social, en la imposibilidad de su definición en términos de una conceptualización de su lugar en el mundo, de su cultura, de su territorio, lo que hace, a la vez, imposible el desarrollo de su alteridad, es el otro radical, el "no-lugar" de la sociedad. En este sentido el otro deviene invisible, indecible, indefinible

porque carece precisamente de esa instancia que lo conformaría como sujeto social, que es la de estar inmerso en un entramado más o menos estable de relaciones y referentes simbólicos. El otro en este caso, permanece en la oscuridad de su indefinición, en el intersticio de la estructura social.

El desplazado configura, entonces, la emergencia de una nueva representación de alteridad, es un "otro" que provoca la extrañeza e imposibilidad de una definición estable y que hace emerger nuevos sentidos de otredad y marginalidad en el espacio ya densamente diverso de la estructura urbana de las ciudades contemporáneas.

El desplazamiento como fenómeno emergente de un conflicto armado y de unas condiciones sociales más o menos recientes ha venido posibilitando transformaciones en la configuración del entramado social, su emergencia visibiliza nuevas formas de habitar, vivir y sobrevivir en el espacio urbano de nuestras ciudades contemporáneas.

El lugar de asentamiento, en primera instancia, es un "no-lugar" por su misma naturaleza emergente, por su imposibilidad de referenciar algún tipo de arraigo, de marca cultural, de memoria, de identidad, pero empieza a convertirse poco a poco en "lugar" en el sentido en que poblarlo, habitarlo, no se reduce a la acción física de asentarse, sino que tiene que ver con las formas mediante las cuales, la población en condición de desplazamiento superpone en ese espacio emergente los vestigios de su memoria y sus rasgos identitarios.

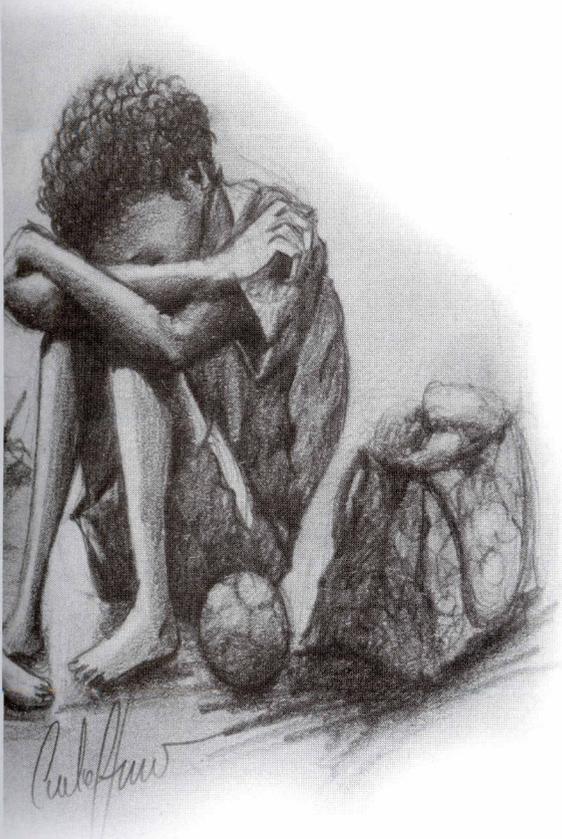


El territorio se constituye no sólo por la acción de poblar o asentarse sino por el "habitar" y habitar es transformar, es reconfigurar, es crear, en el sentido en que implica no solo colocarse en un lugar sino dotarlo de sentido, de referentes, de signos que permitan a quien habita hacer de ese espacio su hogar.

La territorialidad es una condición humana en el sentido en que es una necesidad de todo hombre pertenecer a un territorio, pero es ante todo una condición política en el sentido en que pertenecer a un lugar implica participar de él, constituirlo, no sólo físicamente sino ante todo social, ética y políticamente y esto va mucho más allá de el poblar físicamente un espacio y se relaciona más con la emergencia de sentidos y de posibilidades de apropiación que se posibilitan en la configuración de un territorio

De esta manera, uno de los retos que nos apremian en nuestra labor como investigadores, tal vez sea el de hacer la lectura de esas nuevas configuraciones, de posibilitar un reconocimiento que supere lo psicosocial, lo humanitario, lo asistencial y coloque sobre el plano un reconocimiento público y político de la población desplazada, es decir, un reconocimiento como actores y constructores de un espacio social del que, de una o otra manera, ya son parte, así se siga comprendiendo el fenómeno de desplazamiento como algo transitorio, y sigamos considerando que su solución definitiva está en la salida política al conflicto y el retorno satisfactorio, lo cierto es que mientras que las condiciones políticas

para tal efecto se dan, la población desplazada ha venido reconfigurando sus relaciones vivenciales en los espacios, ya no tan transitorios de las ciudades, provocando cambios, transformaciones no sólo en su territorio físico, sino en las dinámicas mismas que configuran la vida social de la ciudad y son esas nuevas configuraciones las que habría que empezar a validar y ha reconocer como otras opciones posibles de construir ciudadanía y pensarlas políticamente como un nuevo paisaje de relaciones sociales que probablemente terminará por recomponer las distancias entre sectores y clases y por poner de manifiesto el discurso y la práctica del multiculturalismo como fenómeno emergente de las migraciones internas en nuestro país, como problema, como práctica y como discurso en la reconfiguración de nuestro presente histórico. ◉



Felipe Martínez Quintero
Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de Caldas
Estudiante de maestría en Educación y Desarrollo Humano.
Universidad de Manizales y el CINDE.
Docente. Departamento de humanidades
Facultad de Artes y Humanidades
Universidad Tecnológica de Pereira.